

TRAYECTORIAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIOLOGÍA DE LO JUVENIL EN CHILE

Klaudio Duarte*

RESUMEN

Las juventudes en Chile han venido surgiendo en un proceso paulatino, vertiginoso, diferenciado, sin fin, y se han instalado en nuestra sociedad con una presencia que ha tenido trayectorias interesantes de observar para el pensamiento sociológico. Esos mismos trayectos han incidido en cómo la sociología ha respondido a esos procesos de irrupción, intentando construir métodos y enfoques teóricos que le permiten dialogar con las expresiones cotidianas de las poblaciones jóvenes, para construir un discurso que a su vez se constituye como sociología de lo juvenil. En ella, las diversidades conviven con tensiones y continuidades que en este artículo se reflexionan y sistematizan.

PALABRAS CLAVE

Sociología, sociología de lo juvenil, juventud, generaciones, transdisciplinariedad

La pregunta por la existencia o por las posibilidades de existencia de una sociología de lo juvenil en nuestro país nos abre a un conjunto de reflexiones que se desplazan, por una parte, en torno al sujeto joven en su diversidad y pluralidad, lo que señala que hablamos de juventudes y no de una juventud. Por otra, esas reflexiones se refieren a los procesos de construcción, creación y recreación que estos sujetos y sus agrupaciones de distinto tipo producen día a día y noche a noche en sus distintos ámbitos de vida y de muerte. También ellas se vinculan con las producciones que su sociedad –comunidades, instituciones, etc.– elabora hacia ellos y ellas. Finalmente, estas reflexiones se mueven interrogando por las posibilidades de obtener una cierta estructuración del quehacer de una forma diferenciada de mirar y comprender lo social como es la sociología.

* Sociólogo y Educador Popular. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. E-mail: duartesolis@vtr.net.

Presumimos, como punto de partida, que en nuestro país se ha avanzado de manera significativa en la construcción de las condiciones para generar una sociología de lo juvenil, en cuanto existen propuestas teóricas y metodológicas que permiten pensar lo juvenil como procesos de interacción de diverso tipo (por presencia o ausencia, cercanía o lejanía) de este grupo social, o para pensar desde dentro de dicho sector. Este avance requiere ser reflexionado y sistematizado en pos de abrir nuevos desafíos para el próximo tiempo.

Un camino posible para esta sistematización es tomar al menos tres senderos: primero, mostrar cómo en nuestra historia de país y en la región latinoamericana y caribeña el surgimiento de este sujeto joven y de los grupos juveniles –con sus acciones, discursos imaginarios, etc.– han exigido a la sociología la construcción de una serie de herramientas analíticas; segundo, presentar y debatir los diversos enfoques que están en la base de las miradas sociológicas construidas; tercero, señalar a modo de pistas y aperturas conversacionales, un conjunto de desafíos para la permanente construcción de una sociología de lo juvenil en Chile.

SENDERO UNO. EMERGENCIA DE SUJETOS JÓVENES COMO CONDICIÓN PARA EL SURGIMIENTO DE MIRADAS SOCIOLOGICAS

Para conocer comprensivamente el proceso de emergencia e instalación de las juventudes en nuestro país, hemos de recurrir a los aportes que distintas fuentes y corrientes de la historia han venido realizando en la última década. Esto porque solo en este último período han estado adquiriendo rostro en la historiografía los actores niños, niñas y jóvenes. Hasta antes de ese tiempo, su presencia estuvo marcada por una derivación al rol social que desempeñaron en la época de su vida en que pertenecieron a lo que –con criterios de hoy– podríamos llamar su generación joven: oligarca, peón, labrador, minero, soldado, obrero-obrera, parlamentario-parlamentaria, feminista, empresario, maestro-maestra, poblador-pobladora, dirigente-dirigente.¹

Esta reciente aparición en la narración histórica tiene que ver básicamente con que la historia ha sido contada por quienes ejercen el poder en sus diversas formas, materializando así modos de discriminación contra ciertos grupos sociales, por ejemplo: historia contada por los ricos en la discriminación de clase; historia contada por los hombres en la discriminación patriarcal de género; historia contada por los blancos en la discriminación racial; historia contada por los sostenedores de la hegemonía ideológica en la discriminación de la diversidad; historia contada por los adultos en la discriminación adultocéntrica de edad-generación.

¹ En este trabajo presumimos que la historia de nuestro país es anterior a la época denominada período colonial. Por ello es interesante interrogarse respecto de si existían mapuches jóvenes antes y después de la invasión española a nuestras tierras, o si quienes dieron la lucha en la revolución contra el dominio español colonial eran considerados jóvenes en su tiempo. Nuestro planteamiento, como explicaremos, es que el surgimiento del grupo social juveniles es posterior a dichos procesos.

Es decir, la historiografía de los poderosos. Ella, en sus diversas vertientes, más y menos conservadoras, ha dejado fuera: a las y los empobrecidos, salvo que se trate de criminalizarlas/os y usarlas/os para justificar las medidas tomadas por gobernantes y clases dominantes para salvar lo que ellos mismos denominan el orden y el progreso de la nación; a las mujeres, salvo que sean de la burguesía o sus diversas expresiones en la historia; a las y los indígenas, con similar tratamiento que los sectores empobrecidos; a niñas, niños y jóvenes, quienes han sido invisibilizados en su condición de tal, para ser ubicados sólo en cuanto formarían parte de una clase social desde su pertenencia a una determinada familia.

Es por ello que coincidimos con Igor Goicovic cuando señala que los y las jóvenes no han convocado el interés de los historiadores, ni en general ni en particular.² El relato de la historia de los sectores populares de nuestro país ha diluido tanto las dimensiones ontológicas (ser joven) como su intervención histórica (quehacer juvenil) al interior de las clases subordinadas.³ Por lo mismo, su condición de sujeto de la historia, de actor social, y su uso como categoría de análisis son recientes en la disciplina histórica y en otras ramas de las ciencias sociales.

En los últimos años, ha existido un acercamiento directo a la temática en nuevos trabajos que se interrogan acerca del carácter de constructor de la historia que este sujeto joven ha desplegado y que, desde esa perspectiva, han abierto el interés por elaborar miradas que, desde el recuento histórico, puedan relevar la participación de este grupo social en las luchas de poder que han nutrido a nuestra historia de Chile.

En ese sentido la historia, en cuanto modo de elaboración de conocimiento social, ha venido generando claves interpretativas que logran articular nuevos enfoques y miradas sobre el aporte de lo juvenil en la construcción del país que somos. Para Salazar y Pinto, se trata de un “acto de justicia epistemológica y realismo histórico, que deje de lado la perspectiva adultocéntrica y mire la historia desde la perspectiva de los niños y los jóvenes”.⁴

Para Víctor Muñoz, “la categoría juventud a utilizarse en estudios históricos debe negar los mitos universalistas y dar cuenta de la heterogeneidad de formas en que se presentan los períodos que, [...] cabrían dentro de su definición”.⁵ De esta manera, el desafío que se abre se relaciona con el uso de conceptualizaciones que lejos de volverse

² GOICOVIC, IGOR, “Del control social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile”, CIDPA, *Última Década*, año 8, N°12, Viña del Mar, 2000.

³ Quizás la infancia popular ha contado con mayor atención en los estudios de los siglos XIX y de la primera mitad del XX. Al respecto, ver ILLANES, MARÍA ANGÉLICA, “*Ausente señorita*”. *El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio*. Chile, 1890-1990”, JUNAEB, Santiago, 1991; ROJAS, JORGE, *Los niños cristaleros: trabajo infantil de la industria*. Chile, 1880-1950”, DIBAM, Santiago, 1996.

⁴ SALAZAR, GABRIEL Y JULIO PINTO, *Historia contemporánea de Chile v. niñez y juventud*, Tomo V, Lom Ediciones. Santiago, 2002, p. 11.

⁵ MUÑOZ, VÍCTOR, “El tratamiento de la juventud desde una perspectiva histórica. Aspectos conceptuales”, inédito, 2000, p. 1.

estáticas, tengan la flexibilidad de adecuarse a las tensiones juveniles que caracterizan cada época y posición social (clase, género, etnia, etc.) y que den testimonio así de las pluralidades y diversidades ya señaladas existentes en las juventudes, es decir, conceptualizaciones como acercamientos progresivos.⁶

La condición de actor social como constructor de sociedad es para Goicovic una clave histórica vital. Dicha condición debe ser contextualizada como parte de un colectivo social popular que despliega sus potencialidades en cuanto productor de cultura y de sociedad. Vale decir, no se comprende lo juvenil en la historia por sí mismo: ni como producción de sujetos aislados, ni como elaboraciones de grupos sociales sin pertenencia de clase, raza y otros atributos de identidad. De manera similar a lo ya señalado, el autor releva la condición de ser parte de un movimiento popular que ha desplegado ciertos modos de relacionarse con sus jóvenes.

Si esa es la perspectiva, entonces para Goicovic ha de asumirse un desafío metodológico y es que las fuentes oficiales se vuelven poco pertinentes: ellas han negado la existencia del sujeto joven y al mismo tiempo han invisibilizado su aporte en el sentido señalado, por lo que se debe recurrir a los intersticios de las fuentes, a leer entre líneas, los potentes silencios. En ese camino, las producciones propiamente juveniles, aquellas en que han ido dejando plasmadas sus identidades, sueños, dolores e imaginarios se vuelven fuentes riquísimas para la tarea de la reflexión histórica.

También para Salazar y Pinto existe una deuda que la historiografía nacional debe asumir: es la nula consideración de los sujetos jóvenes, en cuanto tales, en la elaboración histórica de nuestro país.⁷ Esta invisibilización en la historia también se ha dado en la sociología nacional y en buena parte de la producción en la región latinoamericana y caribeña. Es la emergencia de este grupo social la que le ha demandado a las distintas disciplinas de las ciencias sociales la apertura hacia sus temáticas más relevantes.

En torno a esta emergencia es necesario plantear algunas ideas fuerza que polemizan sobre las siguientes afirmaciones: 1) no siempre han existido jóvenes en nuestro país, y 2) su emergencia ha sido dinámica, diferenciada y sin fin.

1) La pregunta ¿desde cuándo somos jóvenes en Chile? ubica la reflexión en un punto de intersección significativo para la sociología y la historia, en cuanto permite vincular interrogantes desde ambas disciplinas que lleven a intentar comprender los procesos de emergencia de este grupo social y también las condiciones que han posibilitado esa emergencia y consolidación.

Como señalamos al inicio de este texto, tanto en la cultura mapuche como en los otros pueblos originarios que se constituyeron en el país, no se han encontrado rastros de

⁶ DUARTE, KLAUDIO, "¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles", en DUARTE, KLAUDIO y DANAHE ZAMBRANO (eds.), *Acerca de jóvenes, contraculturas y sociedad adultocéntrica*, Departamento Ecueménico de Investigaciones DEI, San José, 2001.

⁷ SALAZAR y PINTO, op. cit.

la existencia de un grupo al que se denominara jóvenes. Se pasaba de niño-niña a individuo adulto si se contaba con los atributos que marcaban el rito de pasaje respectivo: básicamente, tener capacidades para integrarse a las labores de subsistencia económica y de defensa en el caso de los varones y estar en condiciones de reproducirse o asumir tareas domésticas en el caso de las mujeres.

Si bien no se conocen en nuestro país investigaciones que aborden esta temática de manera específica, de los relatos de los modos de organización de la vida en los pueblos originarios se puede inferir esta situación. La designación de jóvenes toquis que lucharon contra la invasión española, proviene de las imágenes transmitidas por los relatores españoles de aquel tiempo, que leían esta sociedad desconocida con sus ojos y criterios europeos. Más aún, es posible también que dichas designaciones tengan que ver con la construcción de joven = belleza y heroísmo, procedente de la literatura griega y de la experiencia de la efebía,⁸ más que con una consideración social como sujetos jóvenes.⁹

En el período de la organización colonial del país, hasta la lucha por la independencia, no se reconoce en la historia la presencia de jóvenes. Los relatos de aquel tiempo están mayormente centrados en la organización de la economía, de la política de la colonia española, de las tensiones generadas por los procesos de consolidación del dominio extranjero en Chile y de los intereses de los criollos por ponerle término.

Es relevante distinguir que el proceso que gatilla la emergencia del grupo social juventudes está dado por la confluencia de al menos dos procesos: por una parte, las transformaciones en la organización económica del país y en la región, que se dio a partir del cambio en el modo de producción, con el paso de sistemas artesanales y fundamentalmente agrarios a la creciente industrialización de la producción. Esto trajo transformaciones profundas en la organización familiar y del trabajo. El otro proceso estuvo dado por la ampliación y surgimiento del sistema educacional en el país, como preparación para el mundo del trabajo y de la necesidad-deber de participar de la formación escolar, que comenzó a ser aceptada en nuestra sociedad. La inclusión de niños, niñas y jóvenes al sistema educacional se dio diferenciada –como veremos– según clase social, género y localización territorial (urbana o rural), siendo los jóvenes varones de la clase oligarca los que primero accedieron a este proceso; más tarde los varones pobres y las mujeres de la oligarquía, y mucho después los sectores femeninos más pobres de las nacientes ciudades y de las poblaciones campesinas.

Mientras para los varones hijos de la oligarquía significó la apertura de un sinnúmero de oportunidades –estudios primarios en colegios de iglesia o de alto nivel en Chile, viaje al extranjero (principalmente a París y Londres) para cursar estudios universitarios– la preparación escolar estaba dada en la perspectiva de preparar a estos señoritos para tomar las riendas de la administración de las riquezas familiares y de asumir la conducción, desde la elite política, de los procesos de la patria.

⁸ 'Efebía', llegada a la pubertad.

⁹ FEIXÁ, CARLES, *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*, Editorial Ariel, Barcelona, 1998.

En cambio, para los varones hijos de campesinos, dejar la niñez implicaba un conjunto de incertezas. Las condiciones de miseria y pauperización en que nacían los condicionaban de forma inmediata a disponerse para resolver las tensiones que exigía la sobrevivencia, es decir, nacían aprendiendo a escapar o resistir. En los caminos y donde fuera posible, estos jóvenes fueron generando mecanismos para esa sobrevivencia y redes de solidaridad que les permitieron generar una incipiente identidad de clase, que más tarde maduraría en movimientos sociales. De esta forma, se fueron diferenciando de los jóvenes oligarcas que exhibían “su dandinismo por los portales y pasajes de Santiago”, mientras que las “gavillas de jóvenes plebeyos vagabundeaban por todos los rincones del territorio”.¹⁰

Este proceso de emergencia, iniciado aproximadamente a mediados del siglo diecinueve, va a alcanzar un punto máximo de despliegue¹¹ a fines de la década del sesenta y principios del setenta, cuando la cobertura educacional es mucho mayor, el acceso al mundo del trabajo para las y los jóvenes está más abierto y sobre todo porque surgen en la escena nacional lo que se denominarán las expresiones culturales juveniles. Estas últimas poseen existencia anterior, pero las claves de lectura de su presencia y aporte histórico son recientes, como veremos más adelante.

2) Esta emergencia del grupo social juventudes se ha dado a través de un proceso dinámico, diferenciado y sin fin.

- Dinámico, ya que no acontece en un determinado momento –una fecha– o a partir de un cierto hito social –un suceso–, sino que se trata de procesos con ritmos e intensidades diversas según el contexto en que ocurren, las múltiples causas que los generan, los efectos que se van ocasionando y los modos en que los propios jóvenes se activan ante su situación social y política.
- Diferenciado, porque como ya señalamos, no ocurre de igual manera en las distintas clases sociales, en los géneros, las razas y la localización territorial.
- Sin fin, porque si miramos la historia como proceso de larga duración nos damos cuenta de que aún se está produciendo este cambio societal. Es decir, si bien hoy tenemos más elementos que hace treinta años para leer este surgimiento de lo juvenil y del grupo social juventudes en nuestra historia, hemos de considerar que ese proceso está y seguirá en producción, en cuanto constituye una respuesta a las condiciones que generan en cada época éste y otros grupos sociales.

Un aspecto relevante para la sociología chilena es la capacidad de desplegar herramientas analíticas que le permitan leer en este proceso de aparición e instalación de las juventudes en nuestra historia de Chile –sobre todo las condiciones de diverso tipo que posibilitaron esa emergencia– las relaciones generacionales que en ese proceso se pueden encontrar y los modos diversos y plurales de ser joven y de producir lo juvenil que se construyen.

¹⁰ SALAZAR y PINTO, op. cit.

¹¹ Es decir, se consolidan en las diversas clases sociales, en ambos géneros y sectores territoriales (rural y urbano).

En ese sentido, podemos señalar que un eje vital de este proceso lo constituye el modo de lectura de lo juvenil que ha transitado, desde estar centrado en un individuo al que se definía por su pertenencia a tal o cual familia, de la que heredaba su condición de identidad primordial y excluyente que era la identidad de clase, hacia identidades que se autorrefieren en la actualidad a partir de las producciones (creación-recreación) que las y los jóvenes realizan en forma personal o colectivamente. Es decir, hoy podemos leer el surgimiento de las juventudes como los tránsitos desde identidades expropiadas a identidades propias.

En ese tránsito, podemos reconocer un aporte significativo en el inicio de nuevas miradas sociológicas en la investigación de Armand y Michele Mattelart, llevada a cabo en los últimos años de la década del sesenta.¹² En ella sus autores discuten el modelo que se pretendía hegemónico de juventud, asentado como joven de clase media y universitario. Este proviene de los modelos elaborados y comunicados por otras disciplinas principalmente las corrientes conservadoras de la psicología del desarrollo de origen norteamericano. Armand y Michele Mattelart consideran dichos modelos –clase media universitaria– como un mito que tergiversa las diversidades existentes en la realidad de la época y que respondían a la influencia de los sectores conservadores a través de los medios de comunicación. Por ello, en su investigación realizan una apertura de mirada considerando en su muestra a cuatro sectores de jóvenes: de universidad, que trabajan como empleados-empleadas, como obreros-obreras y jóvenes del campo. Podemos observar que la posición en la estructura social en cuanto estudiante y/o trabajador es la clave para la definición de los modelos usados en este estudio.

Otro estudio significativo en la generación de pensamiento sociológico sobre juventudes en Chile, que agrupa visiones desde diversas disciplinas y se centra en otro modelo de joven –que es presentado como hegemonía en los sectores de la oposición política: el joven urbano popular–,¹³ aparece quince años después en el contexto de la dictadura militar.¹⁴

Aquí comienza a producirse una mayor cercanía a mirar lo juvenil desde producciones más propias de las y los jóvenes y por su posición en la estructura, junto a ello comienzan a aparecer ciertas temáticas que caracterizarán dicha época de elaboraciones en torno a juventud:

- participación política en la lucha contra la dictadura y en la búsqueda del retorno a un sistema democrático de gobierno en el país;
- discursos polares, como el del protagonismo juvenil, con una suerte de esencialismo en torno a quienes militaban en la oposición a la dictadura, por una parte, y por otra, un discurso que planteaba que dicha acción política tenía

¹² MATTELART, ARMAND Y MICHELE MATTELART, *Juventud chilena: rebeldía y conformismo*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.

¹³ La redacción en masculino no es azarosa, ya que la explicitación de lo femenino en el lenguaje de algunas corrientes sociológicas es posterior; comienza solo a principios de la década de los noventa.

¹⁴ AGURTO, IRENE, MANUEL CANALES Y GONZALO DE LA MAZA (eds.), “Ser joven poblador, en Chile hoy”, *Juventud chilena: razones y subversiones*, ECO-FOLICO-SEPADE, Santiago, 1985.

más de anomia a la Durkheim, relevando versiones estigmatizadoras hacia estos jóvenes;¹⁵

- consumo abusivo de drogas, que se diversifica de la marihuana (solventes, cocaína y otros) y que se va instalando como una problemática distinta a la de fines de los sesenta y comienzos de los setenta, pues además de la diversificación se da una amplia masificación;
- la condición de daño psicosocial que sufrirían las y los jóvenes de sectores urbanos empobrecidos por las carencias y precariedades a que se veían sometidos;¹⁶
- altos niveles de cesantía por la falta de preparación adecuada para el mundo del trabajo y porque dicho mundo estaba sufriendo significativos cambios que no incorporaban a las nuevas generaciones de trabajadores.

El término de la dictadura militar y el comienzo del primer gobierno civil generaron un nuevo contexto social y político, que incidió en las nuevas temáticas que la sociología nacional relevó en los mundos juveniles. Los compromisos asumidos por algunos científicos sociales, en específico de nuestra disciplina, con el nuevo gobierno civil, incidieron en la orientación de sus reflexiones y en los temas relevados, la mayoría de los cuales buscaban dar expresión a la elaboración del programa de gobierno y a la política pública que respecto de este grupo social se proponía. Tal es el caso que un buen contingente de sociólogos y sociólogas formados en el país, así como un significativo número de profesionales que retornaban del exilio se incorporaron a la labor de diseño e implementación de programas y políticas nacionales dirigidas a jóvenes en servicios públicos y ministerios.¹⁷ En alguna medida, también se dio la incorporación de profesionales de la sociología a diversos proyectos y formas de institucionalización que las propuestas de los gobiernos comunales planteaban para poblaciones jóvenes. Así, las temáticas principales abordaban asuntos tales como educación y empleo, que se transformó en un par de relación causal hasta el día de hoy, ya que se concibe que es condición para el acceso al trabajo, y al mismo tiempo porque se ha puesto el acento en la capacitación, para resolver y nivelar las carencias del sistema educacional con las y los jóvenes empobrecidos y sus competencias para una adecuada inserción en los mercados de trabajo. Otro tema es el del consumo de drogas y su par la delincuencia, pues desde el comienzo del primer gobierno civil postdictadura, esta vinculación estrecha entre una y otra ha constituido el eje de propuestas de acción – desde el estado y desde algunos sectores de la sociedad civil– para intentar disciplinar y

¹⁵ VALENZUELA, EDUARDO, *La rebelión de los jóvenes*, Ediciones SUR, Santiago, 1984.

¹⁶ ASÚN, DOMINGO, "La juventud marginal y salud mental", *La juventud marginal y su papel en el proceso de cambio social*, Arzobispado de Santiago, Vicaría Sur, Santiago, 1980. Del mismo autor, "Los jóvenes hoy", *Cuadernos de Educación*, Año XIV, N° 25, CIDE, Santiago, mayo 1983.

¹⁷ Ver CIDE, CIEPLAN, INCH, PSI, SUR, "Los jóvenes en Chile hoy", CIDE, CIEPLAN, INCH, PSI, SUR, Santiago, 1990; Instituto Nacional de la Juventud, *Primer Informe Nacional de Juventud*, Instituto Nacional de la Juventud, Santiago, 1994.

encauzar a las poblaciones jóvenes, mayormente de sectores empobrecidos, sobre quienes recae una fuerte estigmatización que les criminaliza. Otro tema que en ese momento se relevaba era el de la participación política, pues se abría una preocupación desde estas lecturas en cuanto a cómo orientar la acción política juvenil, masiva y de calle en el período político anterior, ante el nuevo escenario que suponía la posibilidad de cierta institucionalización de estas prácticas.

Un discurso relevante en ese período es el que plantea la existencia de una deuda social del estado chileno con las y los jóvenes y que desde esa concepción de adeudamiento se definirían las estrategias de relación desde lo público hacia esa población, en especial sectores pobres y medios.¹⁸ En una postura crítica a las versiones gubernamentales, se señala que sus propuestas constituyen más bien una forma de disciplinamiento de los más pobres por la vía de la capacitación para el empleo, la formalización de la participación por la vía de la entrega de personalidad jurídica a las diversas organizaciones de jóvenes como condición para acceder a recursos de distinto tipo, entre otras formas.¹⁹

Otro discurso crítico que comienza a elaborarse es el que señala que la salida de la dictadura, en los marcos establecidos por la Constitución de 1980, significó una derrota para el movimiento popular chileno que se planteaba en pos de cambios más significativos no sólo para acceder a un gobierno elegido por la vía electoral, sino sobre todo para recomponer la organización política del país, la economía y otras esferas de la vida nacional. Esto es leído como una derrota, pues se señala que se habría hecho un pacto entre las elites políticas en que no se habrían tocado estos aspectos más sustantivos, sistema político, modelo económico, derechos humanos, etc. Dentro de los derrotados, el planteamiento referido señala que las y los jóvenes serían los que con más fuerza sufrirían esa situación, pues eran quienes más habían apostado a la transformación del país y quienes, a poco andar del primer gobierno civil, comenzaron a percibirse excluidos del proceso y mantenidos fuera de muchas de las ofertas que los cambios planteaban.²⁰

Esta situación generó tensiones que se arrastraron hasta el segundo gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia, y que se manifestaron con un discurso que les enrostraba, a las y los jóvenes, su desafección con respecto a la participación política, como había sido antaño o como el mundo adulto de la época esperaba que fuera. El principal síntoma desde el cual se hacía esta lectura era la progresiva ausencia de jóvenes en los actos electorales, ya que tendían a no inscribirse para participar en ellos. A esta situación se le denominó apatía política y llevó a ciertas producciones sociológicas y de otras disciplinas a hablar de la generación X –más bien a importar esta denominación de origen europeo– para señalar a las poblaciones jóvenes como grupos desencantados, irresponsables, que no ejercían ciudadanía.

¹⁸ COTTET, PABLO y LIGIA GALVÁN, *Jóvenes: una conversación social por cambiar*, Educación y Comunicaciones, ECO, Santiago, 1993.

¹⁹ GÓMEZ, JUAN CARLOS, *La capacitación laboral juvenil: una forma de disciplinamiento social de los pobres. Chile 1991-1994*, ARCIS, Santiago, 1996.

²⁰ MUÑOZ, VÍCTOR, "La juventud chilena y el derecho a construir sociedad. Una perspectiva histórica", inédito, 1996.

Desde otra mirada se planteó un discurso que intentó visibilizar un conjunto de experiencias de jóvenes, que tuvieron continuidad en el cambio de regímenes de gobierno o surgieron en contextos de gobiernos civiles, y que se planteaban en tensión y/o contradicción con las ofertas institucionales gubernamentales o de otro tipo. Comienzan a surgir expresiones organizacionales propiamente juveniles en barrios, universidades, liceos y otros espacios públicos; en algunos casos, esas expresiones mantienen vínculos con iglesias, organizaciones no gubernamentales y otras instituciones de la sociedad civil. Para esa lectura, las acciones juveniles de este tipo sí constituían aporte a la construcción de democracia en el país y aunque se hicieran desde otros canales, ello no las deslegitimaba, más bien abría la pregunta hacia la multiplicidad de formas de ejercer ciudadanía. Para esa mirada, las y los jóvenes, en especial de sectores empobrecidos y medios, se constituían como actores sociales en tiempo presente y no en futuros inciertos, lo cual les permitía contraproponer un ámbito esencial de las propuestas estatales que se planteaban con mayor claridad hacia el futuro de estos sujetos que hacia sus posibilidades en ese momento.²¹

En esta perspectiva es que comenzaron a surgir y ganar visibilidad un conjunto de expresiones culturales juveniles que hasta fines de la dictadura militar estaban dentro del rango de lo prohibido y que se podría reprimir. Los punk, diversas corrientes del rock pesado, okupas, hip hop, barras del fútbol, más tarde batucadas, malabaristas, góticos, entre otros, van construyendo sus espacios de expresión y producción (contra)cultural y mostrándose en la escena nacional. Esto lleva a la sociología en Chile y en la región a mirar estos movimientos y buscar elementos comprensivos para sus prácticas y propuestas. Es aquí donde con mayor fuerza viene a aparecer la imagen de jóvenes con identidades propias (apropiadas o reapropiadas según sea el caso), pero que como jóvenes pueden ser percibidos socialmente desde su posición identitaria en su biografía desde lo personal y ya no sólo desde aquello que heredan de su familia y clase (ser pobladores, ser hijos-hijas de obreros, etc.). Se señala entonces que es en este momento de la historia en que comienzan a ser mirados más significativamente como jóvenes que como expresión de otros atributos sociales.²²

²¹ Ver las publicaciones del Programa Caleta Sur en www.caletasur.cl; de CIDPA (Oscar Dávila, Astrid Oyarzún, Juan Claudio Silva, y otros) en www.cidpa.cl; Duarte, Claudio, "Movimientos sociales, juventud popular, claves de lectura y acción", *Creación* N° 1, Universidad de Chile, Santiago, 1995; *Participación comunitaria juvenil. Miradas desde las lunas y los soles en sectores populares*, Instituto de la Mujer, Santiago, 1997; "Ciudadanías juveniles en América Latina y el Caribe", Revista de Derechos Humanos. Aportes para la paz, Servicio Paz y Justicia del Ecuador, N° 10, Quito, septiembre 1999; JAMETT, FRANCIA Y OTRAS, "¿Quién dijo que todo está perdido? Sistematización de 10 años de experiencia con jóvenes populares", Colectivo de Investigación Acción con Jóvenes, Santiago, 1999.

²² ZARZURI, RAÚL Y RODRIGO GANTER, *Culturas juveniles. Narrativas minoritarias y estéticas del descontento*, Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2003.

Un caso significativo de lo anterior es lo que ha venido surgiendo de las investigaciones en el ámbito educacional, específicamente de enseñanza media, en que se releva el reclamo de las y los estudiantes de ser tratados dentro de la experiencia escolar no tanto como alumnos sino que piden se considere más su condición de jóvenes. Esto ha llevado a indagar en los vínculos que se dan entre la cultura escolar y las (contra)culturas juveniles, por ejemplo.²³

La confluencia de diversas disciplinas en estas producciones es una característica de este proceso. Por ello no puede plantearse que estas trayectorias hacia una sociología de lo juvenil sean excluyentes de nuestra disciplina y únicas en su gestación. Más bien y como plantearémos más adelante, se trata de procesos en que las miradas son compartidas desde distintas entradas, enfoques, acentos, que generen estilos que vayan desde la multi- a la transdisciplinariedad.

En este proceso de construcciones sociológicas de modos de observar y conocer las realidades juveniles, es significativo el avance que se ha dado en las búsquedas transdisciplinarias. Esto marca una interesante tendencia que surge y que ha de ser potenciada en este tiempo. Para ello hemos de considerar los aportes de la historia, la psicología educacional, la antropología social, el trabajo social entre otras disciplinas que pueden contribuir, desde relaciones respetuosas y democráticas, a profundizar e intensificar las conversaciones sobre estos sujetos y poblaciones jóvenes.

De igual manera, es importante considerar que las miradas sociológicas a que aludimos han sido construidas en diversos espacios sociales: aportes desde la academia, movimientos sociales, experiencias de educación popular, servicios públicos en que se diseña e implementa política pública, organismos no gubernamentales y otras instituciones, investigaciones independientes, entre otros. En esos espacios han confluído actores jóvenes y adultos.

En la actualidad asistimos a un debate propio de las racionalidades imperantes en el país. Nuestra sociedad se mira a sí misma en sus jóvenes, por ello estos sujetos aparecen, por una parte, dentro de una discusión entre integrados y excluidos a las ofertas del mercado –en lo económico, lo social, lo político, lo cultural– y por otra, como portadores de una esencia leída de manera polar entre quienes constituyen una amenaza para nuestra sociedad –violentos, drogadictos, delincuentes, vándalos– y quienes poseen una pureza propia de su ser joven: voluntariados, buenos estudiantes, buenos hijos e hijas. Con todo, lo que apreciamos es una diversidad de modos de ser en un grupo social que desde su pluralidad interroga a su sociedad y en particular a las ciencias sociales, las que reproduciendo esta lógica de espejo social ya señalada, también han venido construyendo diversos enfoques para mirar y mirarse en estas pluralidades juveniles.

²³ EDWARDS, VERÓNICA y OTROS, "El liceo por dentro. Estudio etnográfico sobre prácticas de trabajo en educación media", PIIE, Santiago, 1995.

SENDERO DOS. ENFOQUES QUE ESTÁN EN LA BASE DE ESTAS MIRADAS SOCIOLÓGICAS

La noción de enfoques remite a conceptualizar las racionalidades que están en la base, en tanto sustento teórico, de las distintas miradas sociológicas que se han desplegado sobre juventudes. Dichas racionalidades, en algunos casos, se vinculan con las escuelas o corrientes teóricas existentes en nuestra disciplina y, desde ahí, pueden ser categorizadas para este ejercicio analítico que estamos realizando.

Como toda categorización, esta es arbitraria y su exhaustividad no pretende ser total. Sí hemos de indicar que se ha dado prioridad a aquellos enfoques que se consideran con más desarrollo en el debate actual.

- Enfoques conservadores y adultocéntricos. La construcción conceptual original sobre juventud estuvo dominada por corrientes que provienen principalmente de algunas escuelas de la psicología evolutiva o psicología del desarrollo y de la sociología funcionalista, donde priman los enfoques psicobiológicos sobre sujetos jóvenes y juventud. Una de las características principales de este enfoque está dada por la elaboración de imágenes del joven como un individuo en preparación para el mundo adulto, proceso en el cual desarrollaría crisis de diverso tipo que lo volverían una persona vulnerable e inestable. Al mismo tiempo, esa preparación es vista como apresto para la inserción en el mundo, concebido éste como sociedad adulta. Para ello se espera que alcance cierta madurez, cuyas expresiones son definidas y pauteadas por el propio mundo adulto. De esta forma, el tiempo de juventud estaría definido por condiciones naturales del proceso de cada individuo en base a su desarrollo psicobiológico, y sería un tiempo acotado previo a la entrada a la adultez.

Desde estas concepciones se señala la existencia de una matriz adultocéntrica que se caracterizaría por la construcción de imaginarios, discursos y orientación de acciones en que lo adulto es concebido como lo que posee valor, visibilidad y capacidad de control sobre el resto de la sociedad, quienes serían vistos como individuos incompletos en preparación para (niñez, juventudes) o quienes ya pasaron (adultos mayores).²⁴

Esta matriz se expresa en conceptualizaciones de las ciencias sociales y de la sociología cuando observan la realidad social y en específico cuando lo hacen sobre las generaciones más jóvenes.²⁵ En ellas se recrean los sentidos antes enunciados de postergación para el futuro e invisibilización en el tiempo presente o en la subvaloración de sus aportes actuales y en la expectativa de lo que posteriormente podrán hacer si cumplen con lo esperado socialmente.

²⁴ DUARTE, KLAUDIO, *Juventud popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen*, Lom Ediciones, Santiago, 1994.

²⁵ DUARTE, KLAUDIO, "¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles", op. cit., en DUARTE, KLAUDIO y DANAHÉ ZAMBRANO (eds.), op. cit., 2001.

- Enfoques de construcción social de las juventudes. En contraposición a los enfoques conservadores y adultocéntricos, se ha venido instalando una propuesta de conceptualización de lo juvenil, ya no como un proceso natural definido por el tipo de desarrollo psicobiológico del joven, sino como un proceso cuyas características más significativas están dadas por el contexto social, político, cultural y económico en que se vive el tiempo que cada sociedad en específico define como juventud. De esta forma, aspectos identitarios, como la clase social de pertenencia, el género, el origen racial, la localización territorial, la adscripción (contra)cultural, entre otros, tienen un peso significativo en su conformación de identidad y en la experiencia de joven que se vivencia.

Si bien este enfoque constituye un avance significativo respecto de las perspectivas conservadoras, no constituye una garantía de que se logre ir más allá de las miradas adultocéntricas antes señaladas. Se reiteran en estas corrientes las lógicas de poder contenidas en la matriz adultocéntrica, que ven a las y los jóvenes como sujetos en espera para ser, cuestión que lograrán al hacerse socialmente adultos.²⁶

- Enfoques culturalistas. En los últimos años, ha surgido en algunos países del continente y en especial en Chile un enfoque que se denomina “un giro hacia la cultura”, que enfatiza “la construcción de un sujeto juvenil enmarcado por la cultura”²⁷ y que observa lo juvenil a partir de sus producciones culturales propias, las que son leídas mayormente desde una noción tribal planteada por Michel Maffesoli desde Europa.²⁸

La espectacularidad de los estilos juveniles es el eje de atención de estos enfoques en la medida en que se convierten en marcas de identidades de los grupos que los despliegan, a los que también se les denomina subculturas, contraculturas, microculturas, etc.²⁹

Estos enfoques que se han venido masificando en nuestro país y han sido cuestionados por al menos tres aspectos de su producción: por una parte, la preeminencia del símbolo en sus estudios, que es asumido como uno de los componentes centrales del estilo juvenil, llevando a que, en el análisis, dichas expresiones se vean totalizadas en sí mismas por ese estilo, lo que debilita muchas de las miradas sobre las prácticas juveniles; un segundo eje de crítica ha sido la nula y débil vinculación que se hace de esas realidades juveniles estudiadas, con

²⁶ Por ejemplo, WEINSTEIN, JOSÉ, “Los jóvenes y la Educación Media”, en *Primer Informe Nacional de Juventud*, Instituto Nacional de la Juventud, Santiago, 1994; SANDOVAL, MARIO, *Jóvenes del siglo XXI. Sujetos y actores en una sociedad de cambio*, Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2003.

²⁷ ZARZURI, RAÚL y RODRIGO GANTER (comps.), *Jóvenes: la diferencia como consigna. Ensayos sobre la diversidad cultural juvenil*, CESC, Santiago, 2005, p. 10.

²⁸ MAFFESOLI, MICHEL, *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*, Icaria Editorial, Barcelona, España, 1990.

²⁹ En este plano se siguen los planteos que desde México hacen Carles Feixá y Roxana Reguillo, entre otros.

las condiciones de vida de esos jóvenes y sus comunidades (clase, género, raza, incluso generación), que redundan en miradas muy acotadas que pierden la capacidad comprensiva de relacionarse con lo global; el tercero apunta a la utilización mecanicista que se ha hecho de las nociones de neotribalidad y tribus urbanas, que niegan continuidades entre los modos de agrupación juvenil de este tiempo con épocas anteriores y que homogenizan la misma diversidad a la que apelan tras estas nociones, que aún no muestra pertinencia y rendimiento político para nuestras realidades, como al parecer tienen en Europa.³⁰

- Enfoques generacionales desde lo juvenil. En continuidad con la mirada que señala la existencia de una matriz adultocéntrica en nuestras sociedades y que lo juvenil deviene desde una construcción social, se ha venido desplegando una elaboración que propone mirar lo social desde la perspectiva de la existencia o ausencia de relaciones entre generaciones y de las características de ese tipo de relaciones.

Si bien es incipiente su gestación, a propósito de su novedad, la señalamos en este texto como una línea de pensamiento que puede permitir un interesante despliegue en la sociología y en las ciencias sociales. Ello permitiría: desnaturalizar los conflictos generacionales e historizar en cada cultura y época dichas tensiones sociales; comprender las relaciones de poder existentes entre generaciones y al interior de las mismas tanto en sus variantes de dominación como de liberación; comprender lo juvenil como relaciones sociales en permanente construcción (dinámicas, diferenciadas e infinitas), y orientar para el diseño de estrategias de acción desde los propios mundos juveniles y en estilos de co-construcción con otros actores sociales.

Esta perspectiva otorga un rendimiento interesante toda vez que permite leer lo social desde lo juvenil, en perspectiva generacional y desde ahí leer también desde otros actores sociales adultos, niños y niñas, etc.

Los cuatro enfoques señalados no responden a una clasificación que propone características exclusivas y excluyentes de cada uno de ellos. Más bien se trata de perspectivas que se van construyendo entre continuidades y rupturas, en debates y diálogos que aportan pistas interesantes para seguir construyendo lentes para observar lo juvenil y las relaciones generacionales en nuestra sociedad. Por lo mismo, los textos citados en cada enfoque constituyen sólo referencias, más que intentos por clasificar a autores en determinadas corrientes, debate que está siempre abierto y en movimiento.

Estos enfoques muestran un cierto tránsito desde los enfoques tradicionales, de carácter asimétrico y conservador, hacia nuevas perspectivas. Pero, al mismo tiempo, estas diversas perspectivas conviven en esta sociología que se construye.

³⁰ De reciente aparición y de gran interés son los trabajos incluidos en esta línea en: ZARZURI y GANTER (comps.), op. cit., 2005.

SENDERO TRES. DESAFÍOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE SOCIOLOGÍA DE LO JUVENIL EN CHILE

Pensar la existencia de una sociología de lo juvenil en nuestro país no remite a un proceso de institucionalización de la misma, sino más bien y sobre todo, a la existencia de una conversación que, como hemos visto, tiene varias décadas de existencia en nuestro país en la medida que desde nuestra disciplina, en diálogo con otras miradas, se ha intentado dar testimonio de los procesos sociales que han implicado el surgimiento de este grupo social.

Se abre el desafío de avanzar en la profundización de las herramientas teóricas y metodológicas que se utilizan cotidianamente en los procesos de generación de conocimiento. Por una parte, porque se precisa construir una epistemología de lo juvenil –que se vincule y se funde en una epistemología de lo generacional– que permita construir criterios de abordaje de estas realidades sociales con enfoques que respeten las cotidianidades de estos sujetos y sus modos específicos de ser y hacer en sus mundos y culturas. Por otra parte, y muy vinculado a lo anterior, se requiere revisar y proponer especificidades para las diversas metodologías de investigación que permitan aprehender de manera más intensa y profunda estos mundos juveniles, es decir, diseñar estrategias de conocimiento adecuadas para los diversos tipos de juventudes, agrupaciones, prácticas, subjetividades. Ellas deben adecuarse a las diversas realidades juveniles, buscando comprensiones desde sus especificidades y diálogos en que estas poblaciones jóvenes se constituyen como sujetos de investigación.

Estamos en el camino del tránsito y de la convivencia ya anunciada. En el esquema de T. Kuhn se trataría de un período de anomalía en que se ha salido al camino de las conceptualizaciones tradicionales –asimétricas y conservadoras– intentando instalar en la reflexión otros elementos no considerados hasta ahora para mirar, aprehender y comprender a las juventudes en nuestras sociedades.

Señalamos algunas pistas metodológicas que nos entregan orientaciones epistemológicas para este ejercicio de conocimiento que cotidianamente realizamos respecto de las y los jóvenes.

Una primera pista refiere a la necesidad de aprender a mirar y conocer las juventudes en cuanto portadoras de diferencias y singularidades que construyen su pluralidad y diversidad en los distintos espacios sociales. A las ya tradicionales exigencias respecto de la clase, el género, la raza y la localización territorial, se suman hoy exigencias respecto de los estilos culturales y de los subgrupos etarios que se comprenden dentro del grupo social juventud.

De la misma manera, la pertenencia a uno u otro estilo cultural implica en el mundo juvenil asumir cierta estética de presentación y representación en el espacio. Por ello, provoca identidad pertenecer a un grupo rap, que diferenciará de pertenecer a un grupo de rockeros metálicos o a la pastoral juvenil de una iglesia. Esta diferenciación, por oposición o por semejanzas entre uno y otro grupo de jóvenes, entre sus estilos

(contra)culturales, les permite construirse una posición en el mundo, les da la posibilidad de atribuir sentidos desde dicha posición y a la vez situarse ante ellos y ellas mismas y ante los y las demás con una cierta identidad. La música, el fútbol, los grafitti, la batucada, la ropa, el pelo, la vestimenta, entre otros aspectos íntimos y públicos, son los espacios e insumos que les permiten materializar dichas opciones. Reconocer estas distinciones que producen diferencias –y lamentablemente en ocasiones también desigualdades– es clave de lectura para recoger la diversidad de las juventudes de nuestro país.

Esta diversidad, que en algunos casos produce un relativismo que niega precisión al análisis social, plantea el desafío de reconocer la complejidad de los mundos juveniles, pero al mismo tiempo, invita a desplegar la capacidad de precisar y relevar los aspectos vitales para la comprensión de aquello que se muestra como complejo.

En ese sentido surge la segunda pista a considerar, que dice relación con la necesidad de desplegar miradas caleidoscópicas hacia o desde el mundo juvenil, que permitan recoger la riqueza de la pluralidad ya mencionada. Se trata sin duda de un esfuerzo por dejar de lado el telescopio, aquel instrumento que otorga imágenes fijas y desde la lejanía, para comenzar a usar el caleidoscopio, aquel juguete que nos permite miradas múltiples, diversas, ricas en colores y formas a cada giro de contraluz que efectuamos. Por largo tiempo, las miradas predominantes son desde la lejanía, desde el escritorio de la oficina pública, la ONG, la academia, la iglesia, etc. Se requiere en este nuevo esfuerzo epistemológico salir a la calle, vincularse con las y los jóvenes, oír sus hablas, mirar sus acciones, sentir sus aromas. Este acercamiento desde la sociología de lo juvenil es hoy día más factible de realizar, en cuanto las metodologías investigativas abren caminos de encuentro entre lo cuantitativo y lo cualitativo, ofreciendo variantes riquísimas para aprehender y comprender los mundos juveniles.

Para capturar la complejidad de las juventudes en nuestras sociedades es vital la realización cada vez más profunda y precisa de este ejercicio de mirar caleidoscópicamente sus mundos, sus vidas, sus sueños. Es claro que un caleidoscopio puede ser utilizado con rigidez y lejanía, que de por sí su uso no asegura resultados que recojan la pluralidad y riqueza a que hicimos mención. Más bien se trata de humanizar su uso, vale decir, dotar de humanidad los modos de conocer que utilizamos con los mundos juveniles, y acercarnos a ellos y ellas reconociéndoles sujetos, con capacidades, con potencialidades y con aportes posibles para la comprensión de sus propios mundos, así como respecto de las sociedades en que viven. Se trata de ir más allá de los instrumentos y llenarnos de nuevos espíritus-energías que nos animen en esta epistemología que, dicho de modo sintético, pretende surgir desde las y los jóvenes. Nuevamente es necesario poner el acento, para no dicotomizar la reflexión, en que las miradas provenientes del mundo juvenil tampoco nos garantizan *a priori* aportes y novedades; ellas existen mezcladas y en tensión con las visiones tradicionales que hacen eco de las racionalidades y contenidos del adultocentrismo.

A partir de esto surge una tercera pista, que propone la vinculación directa e íntima con el mundo juvenil, múltiple y plural, como condición de la generación de conocimiento comprensivo. La permanente consideración de los contextos específicos y globales, la

necesaria historización de las experiencias juveniles, la referencia a la pertenencia generacional que cada grupo despliega, son algunas de las claves que surgen en esta pista.

Es decir, lo juvenil se expresa a partir de ciertas condiciones de contexto específicas que lo caracterizan y le atribuyen ciertos significados. Ser joven en Chile, viviendo en un barrio empobrecido de la capital, implica determinadas condiciones de vida para un o una joven, que incidirán directamente en el tipo de mirada con que nos acerquemos a su cotidianeidad. Es posible que ellos, los varones, sean más proclives al abandono del liceo para integrarse precariamente al mundo del trabajo, mientras que ellas sean más proclives a seguir estudiando, para ser posteriormente dueñas de casa, si es que no se embarazan antes de terminar la secundaria.

En cuanto a la historización, ésta tiene que ver con los procesos de corta y larga duración en que el modo de ser joven se materializa para cada joven. La vivencia de lo juvenil en tiempos de dictadura militar en Chile implicó la formación de un grupo de jóvenes en estilos relacionales con la política, orientados fuertemente hacia el poder, ya sea que se planteara su toma o su construcción. Mientras que en tiempos de los gobiernos civiles, postmilitares, la discusión por el poder e incluso por los mecanismos de gobierno casi no aparecen en el espacio de la política juvenil, mientras que sí están presentes cuestiones más relacionadas con su cotidianeidad inmediata y su vida íntima. Ser joven en Chile y la vivencia de lo juvenil, en su pluralidad y diversidad, ha estado también condicionado por los diversos modos de estructurarse que la historia del país ha tenido; también en ella han incidido las y los jóvenes y sus movimientos.

En cuanto a la pertenencia generacional, es importante considerar el surgimiento en la historia, por medio de complejos y dinámicos procesos, de grupos muchas veces en pugna, los que se caracterizan por semejanzas hacia dentro y por diferenciaciones hacia afuera. Estos grupos, a los que llamaremos generaciones, se autoidentifican y son significados por otros en cuanto logran producir códigos propios que los caracterizan entre sus semejantes y que en el mismo movimiento los diferencian de otros grupos contemporáneos, anteriores y posteriores en el tiempo. Desde esta óptica, lo juvenil – como producción (contra)cultural– se hace parte de una categoría relacional, en que su existencia no está dada en sí misma, sino en la medida en que se constituye la relación (por ausencia o presencia de ella) con otros grupos sociales, a los que hemos llamado generaciones. Dichas generaciones son referentes de relación en lo contemporáneo y en la memoria colectiva que repone el pasado en el presente. Esta categoría relacional, lo generacional, nos permite pensar y comprender las acciones, discursos, cosmovisiones, sentimientos y otras formas de vida de los grupos juveniles en distintos momentos de la historia, desde los estilos que las relaciones sociales asumen, en directa relación con otros grupos sociales –adultos, adultos mayores, niñez– y entre ellos mismos.

A partir de la necesaria vinculación que señalamos en esta pista, es importante decir que no se trata de una dependencia y pérdida de autonomía de quienes conocen o investigan, sino que se busca la generación de diálogos permanentes entre los diversos mundos sociales y los mundos de las y los jóvenes. Lo mismo es atribuible a quienes

intervienen educativamente en dichos grupos sociales, o realizan las dos acciones en forma simultánea, en cuanto las metodologías de intervención exigen hoy cada vez mayor presencia de las y los trabajadores sociales en el espacio juvenil.

Una cuarta pista, que se sigue de la anterior, busca la superación de la rigidez mecanicista con que se ha mirado y se ha hablado de la juventud. En este sentido, planteamos la necesaria construcción de conceptos en torno a los mundos juveniles, no en la pretensión de generar categorías totalizantes y universalizadoras, sino conceptos dinámicos y flexibles que se acerquen progresivamente a los sujetos de estudio: las y los jóvenes, las juventudes, las expresiones juveniles, los procesos de juvenilización.

Este acercamiento progresivo utiliza la lógica de la tendencia al límite que nos enseña el cálculo algebraico: avanzar hacia el objetivo deseado (las realidades juveniles) siempre la mitad de lo que nos queda por recorrer. La metáfora de la coneja y la zanahoria es útil para pensar esta condición en la construcción del conocimiento, particularmente en la definición de conceptos y/o categorías para la comprensión de determinadas realidades o procesos. La coneja quiere llegar a su zanahoria, la condición que tiene para avanzar hacia ella es que, cada vez sólo puede hacer la mitad del recorrido que le queda, ni más ni menos, solo la mitad de lo que le queda por recorrer. Surge la pregunta ¿llegará la coneja a la zanahoria?

De esta manera vemos que la construcción del conocimiento tiene una tendencia al límite, al infinito; es como la noción de utopía de Galeano, ella está siempre ahí, me acerco, y se aleja dos pasos, me acerco tres y se aleja cinco, pero siempre está ahí. Pues bien, la coneja tiene como condición siempre avanzar, aunque no le sea posible llegar a ella (a la zanahoria), pero siempre nos podremos acercar más y más (a las realidades juveniles). Su propio dinamismo y heterogeneidad es la que nos exige dinamismo en la actitud epistemológica y capacidad para mirar la diversidad juvenil. Si bien esta pista se amplía, al igual que las anteriores, a los diversos mundos sociales, la existencia de las juventudes y su reconocimiento desafía a su concreción cotidiana por parte de los y las científicos sociales.

Una quinta pista es que se han de considerar como fuente vital de reflexión los discursos y prácticas juveniles que expresan de primera mano las subjetividades que estos sujetos y sus grupos construyen. Podemos decirlo de esta forma: la imaginación sociológica que las y los jóvenes despliegan, como ejercicio comprensivo de sus experiencias vitales y como comprensión de los contextos en que viven, han de transformarse en información relevante para el análisis sociológico, así como abrirse a las posibilidades de realizar dichos análisis con ellas y ellos, asumiéndolos como actores capaces de construir conocimiento desde el pensamiento social.

A partir de esto podríamos denominar nuestra sociología de lo juvenil como una sociología desde lo juvenil, intentando destacar que la epistemología que proponemos busca surgir desde los propios mundos juveniles. Sin embargo, esta construcción analítica de lo juvenil reconoce como eje de su existencia no sólo el lugar social de su emergencia, sino sobre todo la condición relacional de la misma, es decir, lo juvenil se constituye en

relación con otros grupos generacionales. Las prácticas y discursos juveniles han de considerar sus voces y diversidad de expresiones, pero pueden ser leídos y contruidos analíticamente por actores que solidarizan con sus causas y asumen con respeto los acercamientos a sus realidades.

Una estrategia posible es la realización de diálogos intergeneracionales en este ámbito de construcción de conocimiento, que permita, desde los encuentros entre jóvenes, adultos y otras generaciones, develar de las temáticas de interés, las claves de lectura y los códigos de acción.

SALIR, PERO NO DE LA CONVERSACIÓN

Al cierre de este texto, podemos señalar que la sociología de lo juvenil ha de conservar su permanente estado de construcción, no aspirar a cerrar un proceso y dictaminar el fin de sus búsquedas, sino más bien mantenerse en la dinámica y vertiginosidad con que las realidades juveniles cambian, para cambiar con ellas y adecuarse a sus ritmos y giros. En ese sentido, es un proceso infinito que requiere de aperturas y disposición a la incertidumbre epistemológica. La innovación metodológica y teórica desempeña un rol vital en esta tarea epistemológica.

- Resulta vital que en este trayecto, esta sociología de lo juvenil se abra más allá de las posibles fronteras nacionales, para dialogar de manera constructiva con experiencias de reflexión y acción que se están generando en otros países de nuestro continente latinoamericano y caribeño.³¹ Desde ahí es relevante que se dialogue con los países del tercer mundo. Es decir, posibilitar la construcción de enfoques sociológicos en concordancia con nuestras realidades y otras similares para potenciar sus rendimientos políticos y contribuir a superar el colonialismo teórico que muchas veces se muestra respecto de Europa y Estados Unidos. Llamen la atención las elaboraciones sociológicas y de otras disciplinas, que intentan leer nuestras realidades locales sólo desde discusiones con autores de latitudes europeas y de Estados Unidos de Norteamérica, sin acercarse a los rostros concretos de las y los jóvenes en nuestros países. Por ello no es extraño que después se evalúe mal a estos jóvenes por 'no dar la talla' respecto de lo que esas versiones teóricas plantean, o simplemente, como no son parte de la conversación, ella se cierre sobre sí misma a partir de la coherencia que su propio discurso analítico –mal llamado teórico– elabora.
- Ya lo hemos señalado como un reconocimiento y es necesario acentuarlo como una característica identitaria de esta construcción: el carácter transdisciplinario que ha tenido y la importancia de seguir por ese sendero. Han de construirse mecanismos para seguir dialogando y aprendiendo con otras disciplinas del

³¹ Significativo es el esfuerzo de CIDPA, que incluye permanentemente trabajos de distintos países de la región en su publicación *Última Década*, en www.cidpa.cl.

pensamiento social. Ello debe ser analizado no sólo porque las realidades han cambiado desde la concepción de las disciplinas tradicionales y contemporáneas, sino sobre todo porque dicha compartimentación alude también a visiones parceladas y estancas de las complejidades sociales que muestran con creces la urgencia y potencialidad de los acercamientos caleidoscópicos a ellas. Entonces, apurando a la transdisciplinarietà podemos proyectar la necesidad de interrogarnos por la pertinencia de concebir enfoques excluyentes para observar y plantear apuestas transformadoras de lo social, dejando más bien que sean esas realidades las que nos tensen y exijan el tipo de mirada más aguda y pertinente a cada especificidad.

- Nuestra propuesta es que se avance en construir enfoques generacionales que señalen nuevas alternativas de mirada y que tengan como punto de partida la noción de construcción social de estas experiencias de juventudes en contextos adultocéntricos. Es decir, estamos hablando de experiencias sociales construidas en medio de relaciones de poder y como expresión de las mismas. Ello permitirá análisis críticos y posiblemente liberadores de sus realidades. Si lo juvenil refiere a una condición relacional social que se configura desde una matriz de poder, la sociología de lo juvenil no sólo no puede eludir dicho ámbito del análisis político, sino que debiera instalarlo como eje de sus matrices de lectura y apuestas; clave para la construcción de otros poderes, colaborativos y de cooperación intergeneracional, puede ser una contribución de estas nuevas comprensiones sociales.

Con seguridad la sociología de lo juvenil puede aportar a ello.